

Presentación

El proceso contemporáneo de nuestro país enmarcado en el concepto de crisis y manifiesta en una violencia indistinta, sobre todo en los últimos cuarenta años, define la gran problemática de nuestra historia, dentro de la relación contradictoria entre modernización y modernidad.

Los avances innegables del proceso de modernización, no encuentran identidad ni complemento en las expresiones culturales y políticas que aún obedecen a un orden mental y cultural tradicional. Este es uno de los puntos nodales del conflicto histórico que se vive actualmente.

Nuestra evolución histórica moderna presenta, entre sus rasgos más significativos la intolerancia y la ausencia de pluralismo político, que se concretan en el largo proceso de exclusión de las manifestaciones políticas diferentes del tradicional bipartidismo liberal conservador.

Esa limitación en el nivel de lo político, que se ha desarrollado también en otros ámbitos de la vida social, se manifiesta en la ausencia de espacios suficientes para un proyecto social fundamentado en el consenso; en efecto, en el campo de las relaciones políticas, la tendencia dominante es de polarización y choque.

La negación del otro, como principio, no deja espacio para los posibles *encuentros*, que son esenciales para las posibilidades reales de construcción y perfeccionamiento de un orden político moderno y civilizado. El mecanismo de los desacuerdos absolutos entre contendientes, es la base de las relaciones de negación de una sociedad que, aunque históricamente ha evolucionado, no ha construido una cultura política de participación, lo cual es fundamental para una sociedad basada en valores de identidad y cohesión y con capacidad para procesar y dirimir racionalmente los conflictos.

De ahí la trascendencia del momento presente que se refleja en la nueva Constitución, la cual se reconoce como punto de convergencia simbólica entre tradición y modernidad. El esfuerzo por transformar la carta constitucional de 1886, que fue la puerta de entrada a nuestra historia moderna por el camino contradictorio del autoritarismo y la tradición, se ha concretado en una nueva Constitución, la cual, al margen de sus limitaciones, se considera como símbolo institucional para el establecimiento de un nuevo orden propio de una sociedad históricamente moderna.

Sin embargo, la dinámica de nuestra sociedad sigue su rumbo dentro de las contradicciones y conflictos, y exige cambios reales en su estructura social y política que materialicen el orden institucional que ha sido aprobado.

El desarrollo, a mediado y largo plazo, de una cultura política de participación y compromiso, debe considerarse prioritario en el proceso de conformación de un estatuto democrático acorde con las expectativas de la sociedad moderna. Una cultura política que no sólo debiera implementarse como instrumento para el fortalecimiento de la legalidad del régimen, sino también como inherente al funcionamiento democrático de las instituciones y al discurrir de la vida social.

Lo anterior invita a extender nuestra perspectiva e intentar pensar en una dimensión distinta del inmediatismo que caracteriza la lucha por el control del poder político. No podemos desatender esas prácticas, pero, además, es necesario asumir que hay un costo histórico que nuestra sociedad tiene que saldar, en el juego entre tradición y modernidad, que no se puede suplir solamente con un marco constitucional y normativo. Se trata también de crear un estilo y una forma de vida que permitan que el individuo y la sociedad asuman como propios los valores del respeto y la responsabilidad, concretados en una estructura política con legitimidad intrínseca. Por supuesto, una forma de vida es sólo una cultura de ideas si no está avalada por el bienestar social de toda la población.

Para contribuir con esta difícil responsabilidad se ha creado la revista ESTUDIOS POLITICOS que presenta en éste, su primer número, una serie de ensayos que atienden a la problemática política en el marco de la reflexión teórica y de las realidades que estamos viviendo.

Con esta revista, cuya finalidad va más allá de lo académico, se trata de contribuir a la formación de una cultura política que privilegie, por la vía de la comprensión teórica y de la difusión, el fortalecimiento de una sociedad civil con capacidad de gestión y de influencia en las decisiones políticas. Se trata, en fin de cuentas, de rescatar la política secuestrada y hacerla pública, no sólo en el sentido de diseminarla entre el público, sino también en el sentido de hacer más consistente la opinión pública.

William Restrepo Riaza